

los pecadores, una escuela donde se aprende la ciencia de la salud, un arsenal contra el vicio. Nada hay mas santo que estas cofradías, autorizadas por la santa Sede, bajo el título y la protección especial de la Madre de Dios. ¿Puede dudarse que ella se interese por todos sus cofrades? La del rosario y la del escapulario son de las mas célebres en la Iglesia, lo mismo que las demás congregaciones. Hacedos alistar en las unas y en las otras; pero cuidado de cumplir todas las obligaciones que imponen sus constituciones. Anumeraos en su congregación: ninguna sociedad mas propia para interesar á la Santísima Virgen en todas vuestras necesidades, ninguna escuela mas útil á los verdaderos siervos de María, con tal que seais frecuentes en ella, y que sigais sus reglamentos.

2 A mas de las prácticas de devoción á la Santísima Virgen, que se hallan en todo el curso del Año Cristiano, y de que no debeis nunca dispensaros, rezad todos los dias la oración siguiente que tan eficazmente obliga á la Santísima Virgen á no negarnos su auxilio, y una protección particular en todas nuestras necesidades. Esta es la oración que era tan familiar al célebre Claudio Bernard, llamado comunmente el pobre sacerdote, y á la que este santo eclesiástico atribuía todos los favores que recibia del cielo, como se lee en la historia de su vida.

«Acordaos, Virgen Santa, llena toda de bondad, que jamás ha sucedido que ninguno de los que han recurrido á vuestra poderosa protección, que han implorado vuestro auxilio, que han confiado en vuestra bondad y en vuestra benevolencia, haya nunca sido despedido. Lleno de la misma confianza, recurro á vos, Reina de las vírgenes, y aunque soy pecador, me atrevo á presentarme delante de vos, lamentando el recuerdo de mis miserias: Madre de Dios, no desprecies mis humildes súplicas, antes bien, sedme propicia, y dignaos escuchar mis votos. Así sea.»

Una dichosa experiencia ha demostrado que es tan grata esta oración á la santísima Virgen, que nunca se hace sin fruto, con tal que se haga con devoción y confianza.

### TERCER DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

ESTE domingo nada tiene de particular que interese. Solo se sabe que en la antigüedad se le ha denominado de diferentes modos. Domingo del Leproso, domingo del Centurion, ó domingo despues de la cátedra de S. Pedro: las dos primeras denominaciones se tomaban del asunto del Evangelio; la otra

procedia de que este domingo es siempre el primero que sigue á la celebración de la cátedra de S. Pedro en Roma, la cual está asignada al dia 18 de enero.

La misa de este dia comienza por estas hermosas palabras del versículo octavo del salmo 96: *Angeles del Señor, adorad al Salvador y Juez soberano de los hombres y vuestro. Sion ha salido fuera de sí de alegría al oír ensalzar la gloria de su Rey. Las hijas de Judá han dado saltos de regocijo, Señor, al saber que debeis juzgar al universo.* Restablecido David en su trono, se sirve del castigo de sus enemigos para describir en este salmo la segunda venida de Jesucristo en el dia del juicio universal. El profeta convida á los ángeles á que adoren á este hombre Dios. Manifiesta la alegría que ha tenido Sion al saber cual es el poder de que un dia ha de estar revestido su Rey. En fin, exhorta á los hombres á que huyan del mal, á fin de merecer con su inocencia la protección y las recompensas de su soberano Juez. Así es como interpretan los santos Padres este salmo. *Adorate eum omnes angeli ejus*: espíritus santos, ministros del Señor, adorad al soberano dueño del universo, ya que no lo hacen los hombres ingratos, los hombres vanos é impíos que le desprecian, hasta que él se haga á si mismo justicia en el dia terrible del juicio universal. Angeles del Señor, rendid al Juez de toda la tierra las adoraciones y respetos dignos de su majestad, ya que nosotros somos tan poco capaces de rendirle los honores que merece. *Letata est Sion*: toda la Iglesia, de que Sion es aquí la figura, triunfa llena de contento; y las hijas de Judá, esto es, todas las almas justas, las almas fieles, *exultaverunt*, dan á conocer su alegría cuando contemplan que en el gran dia de vuestras recompensas y de vuestras venganzas os hareis justicia á la faz de todo el universo recompensando con una gloria eterna á los que os han servido con fidelidad inviolable, y castigando con un suplicio eterno á los impíos que os han despreciado tan descaradamente.

La Epístola de la misa de este dia es continuación de la del domingo precedente: está tomada del mismo capítulo 12 de la carta de S. Pablo á los Romanos. El Apóstol continua enseñándonos los principales deberes de la vida cristiana. Como se habia introducido entre los fieles que habia en Roma no sé qué espíritu de imperfección, en el que tenian mucha parte el amor propio y los zelos, y que producía entre los fieles de esta Iglesia el que los unos se prefiriesen á los otros; los judíos á los gentiles, pretestando que ellos habian sido escogidos por Dios para que fuesen la nación privilegiada de la cual debía nacer el Mesías; y los

gentiles á los judíos que habian sido tan ingratos y tan impíos que habian hecho morir en la cruz al Mesías tan esperado de ellos; el Apóstol se esfuerza en muchos parajes de esta carta en abatir la vanidad de los unos y de los otros por la consideracion de sus propias miserias, y teniendo presente la misericordia de Dios á la cual solamente debian todo el bien que habia en ellos. Les exhorta á que sufoquen enteramente el espíritu de nacionalidad tan opuesto al espíritu de Dios, el espíritu de partido que reina alguna vez entre las gentes que hacen profesion de piedad, y que no tiende mas que á mantener la division, debilitar la caridad y fomentar el espíritu de cábala. S. Pablo recomienda á todos la humildad; pero una humildad sincera que consiste no en un desprecio exterior y afectado de sí mismo, sino en un conocimiento interior de su bajeza y de su miseria; una humildad de corazon que ama la humillacion sin querer hacer ostentacion de ella. Como la humildad de corazon es inseparable de la dulzura, el santo Apóstol la inspira á todos los fieles, exhortándoles á que perdonen de buena gana las injurias léjos de prevenir la venganza que Dios mismo tomará de la injusticia que se les pueda haber hecho, y á hacer bien á aquellos que nos hacen mal; haciéndolo así, les dice, amontónais carbones ardiendo sobre su cabeza. Segun S. Jerónimo y S. Agustín, amontonar carbones sobre la cabeza de su enemigo, es ablandar á fuerza de beneficios la dureza de su corazon, causarle un vivo dolor de haber ultrajado á aquellas personas que le colman de bienes, forzarle á amarlos como á pesar suyo. Por poco honor y religion que uno tenga, nada llena tanto de confusion á un hombre como el verse colmado de beneficios por aquel á quien acaba de cargar de injurias ó de hacerle daño. Contrasta extraordinariamente el honor que le resulta al uno con la sinrazon del otro. El resplandor de la virtud del hombre cristiano patentiza con mayor claridad la malignidad y los vicios de un corazon ulcerado y de un espíritu perverso. En fin, concluye el Apóstol, no os dejéis vencer por el mal, antes bien tratad de vencer el mal por el bien. ¡Cuánta gloria y cuánto mérito hay en esta victoria! Es uno vencido por el mal cuando no teniendo fortaleza para sufrir los ultrajes de un enemigo, ultrajándole cae en el mismo pecado con respecto á él, que el que él habia cometido contra el otro. Vencer el mal por el bien es el efecto mas glorioso de la magnanimidad cristiana, es la prueba mas auténtica de una virtud heroica.

El Evangelio de este día contiene la historia de la curacion del leproso y la del criado del centurion que refiere S. Mateo al ca-



pitulo 8. Habiendo Jesus llamado á su compañía á S. Pedro, san Andrés, Santiago y S. Juan, recorrió con ellos muchas ciudades, aldeas y lugares enseñando y haciendo milagros en todas partes. Habiéndose retirado un dia á una montaña elevada, le siguió inmediatamente un pueblo numeroso, al que sus milagros atraian en pos de él y que ansiaba por oirle. Entonces fué cuando hizo el gran sermón que puede considerarse como el compendio de toda la doctrina del Salvador y como el resúmen de toda la moral cristiana. Habiendo bajado de esta montaña se le presentó un leproso; causaba horror el ver á este pobre enfermo; estaba todo cubierto de úlceras ó manchas deformes, á manera de escamas de pescado por todo el cuerpo, ó mas bien todo su cuerpo no era mas que una úlcera. Estaba tan espantoso que no se atrevia á manifestarse, así que se arrojó á los pies del Salvador, pegado el rostro á la tierra, le adoró humildemente, y abrazándole las rodillas, animado de una fe viva y lleno de una confianza firme: Señor, le dijo, yo sé que nada os es imposible, estoy seguro que si quereis me podeis curar de mi lepra, mi salud, pues, está en vuestras manos. Vos estais lleno de misericordia, veis mi mal, y esto basta. Apenas hubo dicho esto, estendió Jesus la mano, le tocó y le dejó tan limpio y tan sano como nunca lo habia estado, sin decir otra cosa mas que *yo lo quiero: queda curado*. Pero este Señor omnipotente que remedia las enfermedades del alma lo mismo que las del cuerpo, queriendo enseñarnos, dice S. Ambrosio, la humildad, prohíbe al leproso que publique el milagro de su curacion, y la prohibicion que le hace va acompañada de amenazas. Hasta le despide con tal prontitud, que parece mas bien arrojarle de su presencia que despedirle: Vete, le dice, y guárdate bien de hablar á nadie de todo esto; preséntate únicamente al principe de los sacerdotes, y ofrécele lo que la ley de Moisés manda que se le ofrezca, á fin de que no vuelvas á entrar en el comercio con las gentes sin su consentimiento, y que él y todos los sacerdotes sean testigos del acatamiento que yo hago á la ley.

La ley establecia á los sacerdotes jueces de esta enfermedad: á ellos les tocaba declarar si los que se les presentaban estaban tocados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos que eran reconocidos por sanos ofrecian inmediatamente dos gorriones, y ocho dias despues ofrecian dos corderos y una oveja; si eran pobres, un cordero y dos tórtolas, despues de lo cual volvian á la sociedad. El sacerdote les introducía en seguida en la ciudad, y despues en el templo donde ofrecian su presente, como estaba mandado por la ley.

Este hombre que debía su vida y su salud á Jesus, supo muy bien distinguir las dos cosas que se le habian dicho. En cuanto á la primera que le prohibia hablar de la curacion, no la consideró de ningun modo como un precepto, sino solo como una leccion ó como un ejemplo de humildad, dice S. Ambrosio; por esto luego que pudo presentarse en público, y que hubo concluido el tiempo de su separacion, conforme á la disposicion de la ley, publicó altamente todo lo que habia pasado. Si bien que habiéndose esparcido por todas partes la noticia; no se hablaba en todas mas que del milagro. La súplica de este leproso, dice san Crisóstomo, indica la grandeza de su fe, su firme confianza y su perfecta resignacion; es uno de los mas bellos modelos de oraciones que se ven en el Evangelio. Algunos creen que la prohibicion que hizo el Salvador al leproso de publicar su curacion milagrosa, no debia entenderse sino antes que hubiese satisfecho á la ley que le obligaba á irse á presentar al sacerdote, y hacer su ofrenda á Dios en el templo antes de presentarse en público.

El milagro del leproso curado se habia obrado á la puerta de Cafarnaum, ó muy cerca de la ciudad. Habiendo entrado Jesus en ella, encontró inmediatamente á los ancianos y los mas calificados de los judíos, que vinieron á rogarle de parte de un centurion que se dignase curar á un criado muy querido de este oficial que se hallaba peligrosamente enfermo. S. Mateo para compendiar la narracion nada dice de la mediacion de los judíos, y lo cuenta como si todo hubiese pasado solo entre el Salvador y el centurion. S. Lucas, que circunstancia este hecho mas á la larga, no dice que el mismo centurion haya venido, sino que únicamente habia hecho suplicar á Jesus por medio de los mas notables de los judíos para que estos le hablasen en su nombre, sirviéndose aun hasta de sus propias palabras. No hay cosa mas comun en la Escritura que atribuir á alguno lo que ha hecho hacer ó decir por otro. Es verisímil que la primera súplica la hiciesen los ancianos de los judíos en nombre del centurion, y que sabiendo este oficial que Jesus venia á su casa, se presentase él mismo.

El centurion que era un oficial romano de infanteria que tenia á sus órdenes cien soldados, y que mandaba entonces en Cafarnaum, habiendo sabido que Jesus estaba en la ciudad, queria ir en persona á verle y decirle: Señor, tengo un criado en mi casa, que está cruelmente atormentado de una parálisis que vos solo podeis curar; mas los que habia elegido por intermedios, se encargaron, segun el uso del tiempo y del país, de

llevar la palabra en su nombre, y no contentos con esto añadieron de su parte solicitudes ejecutivas, diciendo al Salvador: Este hombre merece que le concedais la gracia que os pide, porque aunque es extranjero ama á nuestra nacion, y aun nos ha hecho edificar una sinagoga.

No podian racionalmente concebir que serian mal recibidos de aquel cuya bondad, no menos que su poder, no tienen limites. El Salvador, en efecto, les concedió mas de lo que pedian: Yo mismo iré, les respondió, y curaré al enfermo; y al momento se encaminó allá con ellos. Advertido el centurion de que venia Jesus á su casa, salió al encuentro de este médico omnipotente, y habiéndole hecho una profunda reverencia: Señor, le dijo, no os tomeis la pena de ir mas adelante, porque yo no merezco que entreis en mi casa. Ni aun yo mismo me habia juzgado digno de presentarme á vos en persona: estoy seguro de que podeis, sin pasar adelante, decir una sola palabra, y no será necesario mas para curar á mi criado. Vos no recibis órdenes de ninguno, porque no hay nadie que sea superior á vos. Es, pues, muy debido que toda la naturaleza os obedezca como á su Señor soberano, y yo no dudo que no hay enfermedad que no disipeis, diciendo una sola palabra; porque yo que no tengo mas que una autoridad subordinada, me hago obedecer de mis inferiores á la menor señal de mi voluntad; con cuánta mas razon lo hallaréis vos todo sumiso á vuestra sola palabra.

Este discurso agradó al Salvador, y no pudo menos de dar señales de admiracion. No porque la admiracion que demostró procediese de ignorancia, de asombro ó de sorpresa, como en nosotros, puesto que él lo sabia todo, lo preveia todo, y nada podia serle nuevo; era mas bien un efecto de la extraordinaria satisfaccion que le causó la fe de este oficial romano, y esto fué lo que le hizo decir á todos los que le seguian: En verdad que no he hallado tanta fe en Israel, en ninguno de los que he favorecido mas, y que están mas obligados á creer y á confiar en mí, debiendo sin duda ser tan firme vuestra fe como la de este extranjero. El Hijo de Dios hablaba de los que estaban presentes y de todo el pueblo judío. Siempre debe exceptuarse la Santísima Virgen, S. Juan Bautista y los apóstoles, sin que esta excepcion impida que la fe de este extranjero fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judía. Por esto, añadió el Salvador, debeis tener por cierto, y yo os lo predigo hoy, que muchos de Oriente y Occidente tendrán lugar con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; se sentarán con estos santos patriarcas entre las delicias y regocijos de un festin per-

petuo, mientras que los hijos de la casa que podían aspirar los primeros á este reino, como á una herencia que se les destinaba con preferencia á los demás, serán desheredados y arrojados al abismo, donde no verán jamás la luz, y en donde no tendrán mas que lágrimas y crujir de dientes. Lo que el Hijo de Dios acababa de decir, indica bastante la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, merecieron sustituir á los judíos, y sucederles en todos sus derechos. Se sentarán en el festin con Abraham, Isaac y Jacob, es decir, que las promesas hechas á los antiguos patriarcas de una tierra de delicias y de una felicidad eterna, se cumplirán en sus personas, mientras que los judíos, vasallos naturales, por decirlo así, del reino del Mesías, no se aprovecharán de ellas. Despues de haberse ellos mismos escluido de la Iglesia de Jesucristo y permanecido en la ceguera, serán arrojados para siempre de la sala del banquete celestial, arrojados á las tinieblas exteriores, y precipitados en las llamas del infierno. Este oráculo terrible habla tambien con los malos cristianos, que habiendo sido llamados al festin misterioso, y aun habiendo entrado en la sala con todos los convidados, no hubieren llevado la ropa de boda, esto es, hubieren perdido la inocencia, y muerto en pecado.

Hasta aquí el Salvador solo habia alabado la fe heroica del centurion; pero no habia respondido á la súplica de este nuevo fiel, ni á los que habian pedido de su parte. No se atrevian, sin embargo, á urgirle sobre la curacion solicitada, ya por un género de respeto, ya porque sabian bien, que cuando quisiese, y en cualquier lugar que estuviese presente ó ausente, curaba los enfermos. Por fin, dirigiéndose al centurion: Ve, le dice, yo quiero que se cumpla tu deseo, y que esta sea la recompensa de tu fe; y en la misma hora el enfermo quedó perfectamente curado de su parálisis. Esta maravilla no obró solo la curacion del cuerpo; todos los que fueron testigos se llenaron de admiracion, y la mayor parte creyeron en el Salvador, embelesados y persuadidos de la eficacia de su palabra.

*La oracion de la Misa del dia es como sigue:*

*Omnipotens sempiternae Deus, infirmitatem nostram propitius respice: atque ad protegendum nos dexteram tuae majestatis extendere. Per Dominum nostrum ..*

Dios omnipotente y eterno, mirad nuestra flaqueza con ojos favorables; y estended la mano poderosa de vuestra Majestad para favorecernos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es tomada de la carta de S. Pablo á los Romanos, cap. 12.*

*Fratres, nolite esse prudentes apud vosmetipsos: Nulli malum pro malo reddentes: providentes bona non tantum coram Deo, sed etiam coram omnibus hominibus. Si fieri potest, quod ex vobis est, cum omnibus hominibus pacem habentes: Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum irae. Scriptum est enim: Mihi vindicta: ego retribuam, dicit Dominus. Sed si esurierit inimicus tuus, ciba illum: si sitit, potum da illi: hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus. Noli vinci à malo, sed vince in bono malum.*

Hermanos míos, no seais prudentes á vuestros propios ojos: no volvais á nadie mal por mal. Portaos de modo que vuestras acciones sean buenas no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres; viviendo en paz con todo el mundo, si esto es posible, y en cuanto dependa de vosotros. No os vengueis vosotros mismos, sino dejad pasar la cólera. Porque está escrito: A mí es á quien pertenece la venganza: yo tomaré satisfaccion, dice el Señor. Al contrario, si vuestro enemigo está oprimido del hambre, dadle de comer; si está abrasado por la sed, dadle de beber; porque haciendo esto amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza. Guardaos de ser vencidos por el mal, antes bien tratad de vencer el mal por el bien.

«Se ha dicho ya que este duodécimo capítulo de la carta que S. Pablo escribió á los Romanos presenta un pormenor maravilloso de los preceptos de la moral cristiana. Nos contentaremos con hacer aquí algunas notas sobre estas palabras: *date locum irae*. Dejad pasar la cólera. Dejadla calmar. Dejad que se sosiegue; ya que seais el objeto de ella, como lo entiende S. Ambrosio, ya en el sugeto de quien se apodera, como lo explica S. Agustin. S. Crisóstomo lo entiende de la cólera de Dios. Dad lugar á la cólera de Dios, dice, no la preveniais; dejadle el tiempo y el cuidado de vengaros; él sabrá haceros justicia.»

## REFLEXIONES.

No seais prudentes á vuestros propios ojos. La demasiada buena opinion que uno forma de sí mismo, es la que causa la hinchazon del corazon, por la cual el hombre se infla, y encarece sus ideas. De aquí la diversidad de pareceres, las divisiones en la Iglesia y en el Estado; de aquí los zelos y otras cien pasiones que desgarran el corazon, y ocasionan tantas turbulencias. No hallaremos nuestro reposo mas que en la humildad. La paz no reina mas que en las almas humildes. Para convenirse en los sentimientos es preciso muchas veces ceder á las luces de los otros, y esto es lo que no puede esperarse de los que son sabios á sus propios ojos. Ninguna cosa demuestra mejor la sublime perfeccion de la ley cristiana, que la obligacion que impone de volver bien por mal. Entonces merecemos doble corona por el mal que sufrimos con paciencia, y por el bien que la caridad nos impele á hacer á los que nos han hecho el mal. Se ha dicho, aun en el lenguaje del mundo, que no hay venganza mas heroica que la que atormenta á la envidia á fuerza de hacer bien; aun mejor puede decirse que no hay heroismo mas real, que el volver bien por mal, segun el espiritu del cristianismo. La venganza tiene cierto carácter de baja, es una pasion comun al hombre y á los animales mas feroces. Ninguna cosa hay tan grande como el perdonar las injurias; pero no hay virtud ninguna que en cierto modo nos acerque tanto al mismo Dios, como el hacer siempre bien á aquellos mismos que nos desean y nos hacen siempre mal. Obrad de modo, dice el Apóstol, que vuestras acciones sean buenas, no solo delante de Dios, sino delante de todos los hombres. La caridad que nos obliga á edificar al prójimo, no es contraria á la humildad que nos inclina á ocultar vuestras virtudes. La humildad consiste entonces, no en evitar lo que nos atrae la gloria, sino en no buscarla. No siempre podemos mantener la paz con los hombres; pero por lo menos debemos siempre procurar que no se comience por nosotros la guerra y la division. Teniendo que vivir con personas de diferente humor, que tienen pasiones diferentes, tan vivas y tan fáciles de irritar, considerémonos como quien está rodeado de enemigos dormidos á quienes no se puede despertar sin peligro. A mí, dice el Señor, es á quien pertenece la venganza. ¿Como pues, segun esto, se atreverá ninguno á tomarla por sí mismo? Esto seria desconfiar de la justicia de nuestro Dios, que se ha encargado de hacerlo. Este derecho no pertenece mas que á Dios, soberano juez,

el único que no puede ser seducido, ni por la pasion, ni por el interés.

*El Evangelio de la misa es del cap. 8 de S. Mateo.*

*In illo tempore : Cum descendisset Jesus de monte, secuta sunt eum turbæ multæ : et ecce leprosus veniens, adorabat eum, dicens : Domine, si vis, potest me mundare. Et extendens Jesus manum, tetigit eum, dicens : Volo. Mundare. Et confestim mundata est lepra ejus. Et ait illi Jesus : Vide, nemini dixeris; sed vade, ostende te sacerdoti, et offer munus, quod præcepit Moyses in testimonium illis. Cum autem introisset Capharnaum, accessit ad eum centurio, rogans eum et dicens : Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur. Et ait illi Jesus : Ego veniam, et curabo eum. Et respondens centurio, ait : Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus. Nam et ego homo sum sub potestate constitutus, habens sub me milites, et dico huic : Vade, et vadit; et alii, Veni, et venit; et servo meo, Fac hoc, et facit. Audiens autem Jesus, miratus est, et sequentibus se dixit : Amen dico vobis, non inveni tantam fidem in Israel. Dico autem vobis, quod multi ab Oriente et Occidente venient, et recumbent cum Abraham, et Isaac, et Jacob in regno cælorum : filii autem*

En aquel tiempo : Como Jesus bajase de la montaña, le siguió una muchedumbre de gentes. Al mismo tiempo se llegó á él un leproso, y le adoró diciendo : Señor, si quereis, podeis limpiarme. Y estendiendo Jesus la mano le tocó y le dijo : Quiero, queda limpio; y en el momento quedó limpio de su lepra. En seguida le dijo Jesus : Guárdate de decir esto á nadie, sino ve y muéstrate al sacerdote, y para prueba de que estás sano, ofrece el presente ordenado por Moisés. Habiendo entrado Jesus, despues de obrado este prodigio, en Cafarnaum, se le acercó un centurion y le rogó en estos términos : Señor, tengo un criado en mi casa, que está en el lecho paralítico, y sufre gravísimos dolores. Díjole Jesus : Yo iré, y le curaré; á lo cual respondió el centurion : Señor, yo no merezco que entreis en mi casa, mas decid solamente una palabra, y mi criado quedará curado. Porque yo que soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes, digo al uno ve, y va; al otro ven, y viene; y á mi criado haz esto, y lo hace. Al oír Jesus este discurso manifestó admiracion, y dijo á los que le seguian : En verdad os digo que no he hallado tanta fe

*regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus, et stridor dentium. Et dixit Jesus centurioni: Vade, et sic ut credidisti, fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.*

en Israel; pero tambien os digo que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y serán colocados en el festin con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, al tiempo que los hijos del reino serán arrojados fuera á las tinieblas exteriores, en las que llorarán y crujirán los dientes sin remedio. Despues dijo Jesus al centurion: Ve, y suceda como lo has creido. Y en aquella misma hora quedó el criado sano.

### MEDITACION.

#### *Sobre la confianza en Dios.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que la confianza en Dios comprende una fe viva y una esperanza firme en su misericordia. De modo que la fe, la esperanza y la caridad son inseparables de la confianza; no debe por tanto sorprendernos que la confianza en Dios sea tan eficaz, y que se haga tan vivamente dueño del corazón de Dios. Se diria que el Señor no puede negar nada á la confianza. *Todo es posible para el que cree* (Marc. 9.), y que tiene una verdadera confianza en Dios. Tu confianza te ha salvado, dijo el Salvador al ciego que estaba sentado en el camino cerca de Jericó. La palabra *fe* en todos estos parajes de la Escritura significa tanto la confianza como la fe; y á la verdad cuasi no es posible que haya fe, donde no hay confianza. Parece que Jesucristo no exigia de todos aquellos en cuyo favor queria hacer algun milagro, mas que esta virtud; porque ella es la mas propia disposicion para todas las gracias. *¿No os he dicho*, responde el Salvador á los que dudaban si podria resucitar á Lázaro despues de cuatro dias de enterrado, *no os he dicho que si creéis, vereis á Dios glorificado?* (Joan. 11.) Ve, dice el Salvador al centurion de nuestro Evangelio, ve, y suceda como lo has creido. *¿Creéis*, dijo Jesucristo á los ciegos, *teneis confianza de que yo puedo hacer lo que deseais?* (Mat. 9.) *Todo lo que pidereis con confianza en la oracion, lo obtendreis.* Tened una confianza firme y de ningun modo vacilante, y estad seguros, que no pedireis nada que no obtengais. (Mat. 21.) *No temas*,

dijo el Salvador al jefe de la sinagoga que venia á pedirle la curacion de su hija, *no temas, ten confianza en mí, y tu hija no morirá.* (Luc. 8.) Esta confianza en Dios ha sido la principal virtud de todos los santos de la antigua ley. *Yo confío firmemente*, decia David, *que el Señor que me ha librado tantas veces del furor de los leones y de los osos, me librará de las manos de este filisteo.* (1. Reg. 17.) No debemos estrañar que esta virtud sea tan ordinaria en todos los santos, puesto que sin ella todas las demás virtudes son defectuosas. Ni tampoco debe sorprendernos el que agrade tanto á Dios, puesto que no hay virtud, por decirlo así, que le haga mas honor. Ninguna que ofrezca una idea mas justa de su poder infinito, de su bondad sin límites, de su misericordia inagotable con todos los pecadores. ¡Qué desgracia carecer de una virtud tan útil y tan necesaria!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la confianza en Dios, obliga, por decirlo así, al Señor, á oír nuestros votos, y á derramar sobre nosotros los tesoros de su misericordia por indignos que seamos de ellos. Así es que los derrama con tanta abundancia sobre aquellas almas fieles que ponen en él toda su confianza. Aun parece que Dios nada desea tanto como persuadir esta consolante verdad á todos sus hijos. Se puede decir que acaso no hay nada mejor marcado, ni mas veces repetido en la Escritura. *Yo he esperado siempre en vos*, dice David, *y estoy seguro de no haber nunca esperado en vano.* (Psalm. 30.) *Los que temen al Señor*, dice en otra parte, *y esperan en su bondad, están seguros en todas partes.* (Psalm. 32.) Gustad al Señor, y ved si en el tiempo de nuestras penas hay alguna cosa que sea semejante á las dulzuras que en él se encuentran. *Dichoso el hombre que pone toda su confianza en Dios.* (Psalm. 33.) El Señor no dejará que sucumba ninguno de los que esperan en él. *No hay uno de cuantos ponen su confianza en Dios que no sea feliz.* (Psalm. 2.) *Los que confían en el Señor, serán tan inmóviles como la montaña de Sion.* (Psalm. 124.) *Aquel*, dice el Sabio, *que pone su confianza en Dios, nada tiene que temer.* (Eccl. 32.) *No, Señor*, esclama el profeta Daniel, *no se engaña uno jamás en su esperanza cuando pone su confianza en vos.* (Dan. 3.) *Toda mi felicidad consiste*, dice David, *en poner en Dios toda mi confianza.* (Psalm. 72.) El Señor se halla siempre cerca de los que le invocan para consolarlos; pero de los que le invocan con una verdadera confianza en su bondad. (Psalm. 144.) Todos los Salmos de David, todos los escritos de los Profetas, toda la Escritura santa está llena de exhortaciones á todos los fieles, para persua-

dirles que pongan toda su confianza en Dios, y asegurarles que ella es omnipotente y siempre eficaz. ¡Buen Dios, qué medio mas corto ni mas fácil! Nosotros nos quejamos de que no somos oídos; quejémonos de que nos falta la confianza.

En efecto, Señor, vos no tendreis ya motivo para darme una queja semejante, porque yo espero con el auxilio de vuestra gracia, que mi confianza en vos será de hoy en adelante tan perfecta, que os obligará á asistirme en todas mis necesidades, y á concederme todo lo que os pidiere para mi salvacion.

JACULATORIAS. — En vos, Señor, he puesto toda mi confianza: estoy seguro que no he esperado nunca en vano. (*Psalm. 70.*)

He puesto mi confianza en el Señor; ¿por qué me decís que huya á la montaña? (*Psalm. 10.*)

#### PROPOSITOS.

1 El Señor no nos pide, por decirlo así, para asistirnos en nuestras necesidades, y para colmarnos de sus gracias, mas que el que tengamos una entera confianza en su bondad. ¡Qué sentimiento, por toda una eternidad para un réprobo, el no haber tenido esta confianza! Si los príncipes no pidiesen á sus clientes mas que la confianza para dispensarles sus favores ¿se hallarian muchos vasallos ó cortesanos que no la tuviesen? ¿y tendremos siempre nosotros necesidad de estos paralelos odiosos, de estas comparaciones tan desproporcionadas para hacernos conocer nuestra sinrazon, y cuan injusta es nuestra conducta con Dios? Fogosos por nuestros propios intereses, cuando se trata de los bienes perecederos, que nunca tenemos mas que en depósito, no omitimos ninguno de cuantos medios son necesarios para conseguirlos. ¿Dejaríamos de tener confianza, si supiéramos que ella fuese absolutamente necesaria para hacer eficaces nuestras demandas? ¿En qué consiste que nos falta ordinariamente con respecto á Dios? Procurad, pues, el no teneros que arrepender de esto; es esta una virtud que Dios quiere que tengais; pedidla, y estad seguros que os la concederá. Decidle muchas veces: Yo creo, Señor, que me concedereis la gracia que os pido, y que aumentareis la confianza que tengo en vuestra bondad.

2 Antes de todas vuestras oraciones, esecitaos á esta misma confianza, mirándola como una disposicion esencial para ser oídos. No olvideis el escitarla igualmente en todas vuestras necesidades, al recurrir á Dios en cien acontecimientos pesados de

la vida, en que necesitáis siempre de un auxilio particular. Reanimad la confianza que teneis vosotros, inspirando á los demás esta virtud tan necesaria. En las ocasiones que se ofrezcan, dad pruebas de vuestra fe. Todos los dias puede decirse con mucho fruto, la oracion siguiente: Creo en vos, Señor; pero haced que mi fe sea siempre mas viva, y mi confianza siempre mas firme. Espero en vos, Señor; pero haced que mi esperanza sea siempre mas segura. Os amo, Señor; pero haced que mi amor sea siempre mas ardiente. Estoy pesaroso de haberos ofendido; pero haced que mi contricion sea siempre mas perfecta.

#### CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANIA.

Como el dia de Pascua es el que determina el número de los domingos despues de la Epifania, y despues de Pentecostés; los que hay despues de la Epifania, y cuyo curso interrumpe hasta el Adviento, y que esceden el número de los veinte y cuatro despues de Pentecostés. La movilidad, por decirlo así, de estos domingos, ha hecho que no se les haya asignado oficio propio para la misa del dia, y en esto consiste que el introito ó principio de la misa del tercero, cuarto, quinto y sexto domingo despues de la Epifania, es el mismo. Está tomado del octavo versículo del salmo 96, como queda dicho en el domingo precedente; solo son propios de este domingo la Epistola y el Evangelio.

Angeles del Señor, adorad al Juez soberano de los hombres y de los ángeles; Sion ha salido fuera de sí de regocijo al oír contar la gloria de su Rey; y las hijas de Judá han dado, Señor, saltos de alegría, al saber que vos debeis juzgar el universo. El Señor es el rey de todo el universo: manifiesten su contento y hagan brillar su alegría todos los habitantes del continente, y todas las islas del mar. Se ha dicho ya que los santos Padres interpretan y esplican este salmo de la primera y de la segunda venida de Jesucristo, de su reino en la Iglesia, y de la vocacion de los gentiles. El mismo S. Pablo determina este sentido en la Epistola á los Hebreos, donde cita las palabras de este salmo, hablando del Verbo hecho hombre. Y cuando Dios haga entrar segunda vez en el mundo á su Hijo primogénito, dice: *que le adoren todos los ángeles de Dios.* Es bien claro, que por esta segunda entrada del Hijo de Dios en el mundo, quiere hablar el Apóstol de la segunda venida del Salvador, como juez sobe-